

www.puntodelectura.com

JUAN ARIAS

La Biblia y sus secretos

Un viaje sin censuras
al libro más vendido del mundo

punto de lectura



Juan Arias, escritor y periodista, cursó estudios de Teología, Filosofía, Psicología, Lenguas semíticas y Filología comparada en la Universidad de Roma. Corresponsal durante catorce años en Italia y el Vaticano para el diario *El País*, es uno de los mayores especialistas de los entresijos de la Iglesia. Entre sus obras destacan *Jesús, ese gran desconocido*, gran éxito de ventas y ya traducido a varios idiomas; *La Biblia y sus secretos* y *La Magdalena*. Juan Arias ha sido galardonado con el premio a la cultura de la presidencia del gobierno y el premio al mejor corresponsal extranjero.

JUAN ARIAS

La Biblia y sus secretos
Un viaje sin censuras
al libro más vendido del mundo

Título: La Biblia y sus secretos

© 2004, Juan Arias

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-6978-7

Depósito legal: B-25.987-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Agustín Escudero

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Para Roseana, cómplice amorosa de este libro,
al que tanto ayudó con su lectura crítica*

«Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien.
Y atardeció y amaneció»

(Gén. 1,31)

Índice

<i>Introducción</i>	17
El libro más vendido del mundo	17
La Biblia: una historia personal	19
Lo antiguo y lo moderno	20
PRIMERA PARTE	
<i>Historia, mitos y mentiras</i>	23
CAPÍTULO 1. La Biblia histórica	25
Una nueva mirada	25
El drama de la Iglesia: la Biblia no es un libro histórico	27
Pocas huellas arqueológicas	29
La historia se entrelaza con el mito	32
CAPÍTULO 2. Las cinco Biblias	35
El libro sin nombre	36
Sin capítulos ni versículos	38
La cristianización de la Biblia judía	41

CAPÍTULO 3. Los autores de los textos bíblicos ...	45
Todos los géneros literarios	47
La Biblia en verso	49
Superación de la finalidad literaria	50
CAPÍTULO 4. Las lenguas de la Biblia y los textos originales	53
Ingléses perseguidos y estrangulados	55
Ugarit	58
Sin originales	60
Papiros y pergaminos	64
CAPÍTULO 5. El libro erótico	66
Sexo, derecho e injusticia social	68
La falsa historia de Onán	69
Las manos debajo de los genitales	71
CAPÍTULO 6. La mujer en la Biblia	74
En el tiempo de los patriarcas	76
El poder de la seducción	78
La mujer y la influencia grecolatina	79
CAPÍTULO 7. La tierra de la Biblia	82
La Tierra Prometida: ni oro ni plata	85
Un Dios nómada	87
Sacrificios humanos	89
CAPÍTULO 8. Israelitas, judíos y hebreos	91
Israel, el nombre sagrado	93
Las misteriosas tribus de Israel	95
Esclavos y supervivientes	96

CAPÍTULO 9. Lo que la Biblia no es	100
Ni consejos ni recetas piadosas	101
Actualidad del universo bíblico	103
Carta abierta al mundo	105
Las ofrendas de Caín	106
La Biblia, una reflexión para los padres de ayer y de hoy	108
 CAPÍTULO 10. Los libros revelados	 110
Los obispos que se peleaban tirándose de las barbas	112
El canon	114
El manuscrito de Josías	116
El Templo y el Libro	118
Los libros perdidos	119
 CAPÍTULO 11. El Dios de la Biblia	 121
El nombre que no se debe pronunciar	123
El Dios de las pasiones, las debilidades y las grandezas del hombre	125
El Dios del miedo y el Dios-madre	127
 CAPÍTULO 12. Los profetas	 130
Subversivos y poetas	132
La curiosa historia del libro de Jeremías	137
 CAPÍTULO 13. Las narraciones bíblicas y los mitos antiguos	 142
Historias originales	144
La Biblia es una paradoja	146

CAPÍTULO 14. Un código matemático oculto	
para revelar el futuro	148
Predicciones	150
El libro secreto que Dios entregó	
al profeta Daniel	152
El mundo moderno no cree en profecías	153
CAPÍTULO 15. El Mesías	156
Ni Mesías ni Hijo de Dios	158
CAPÍTULO 16. El infierno	162
La Biblia sin infierno	165
El limbo, el purgatorio y el infierno	167
SEGUNDA PARTE	
<i>Los misterios y los nombres</i>	171
CAPÍTULO 17. El Arca de la Alianza	173
El talismán	176
Las dudas: el Arca, el rey Salomón	
y el Templo de Jerusalén	178
CAPÍTULO 18. El misterio de la Torre	
de Babel	180
En busca de las ruinas	
de la Torre de Babel	182
Diecisiete millones de ladrillos	184
Babilonia, la ciudad maldita	186

CAPÍTULO 19. La sal	188
Mágica y purificadora	190
El misterio pervive	192
CAPÍTULO 20. Poesía erótica	194
Una explosión de felicidad	197
Sabor femenino	200
CAPÍTULO 21. Adán y Eva	203
Dos relatos, dos creaciones	203
El polvo de la tierra	205
CAPÍTULO 22. Noé	210
El inventor del vino	210
Un arca diseñada por Dios	212
Yahvéh carnívoro	215
La borrachera de Noé	217
CAPÍTULO 23. Abraham	219
La belleza deslumbrante de Sara	222
Las señales de Yahvéh	224
Agar, la esclava	227
Las perversas hijas de Lot	229
La espeluznante historia de Isaac	231
CAPÍTULO 24. Jacob	236
El trapacero	236
El peludo y el lampiño	239
La trampa de las ovejas pintadas	241
Los prepucios	243
José, el soñador	245

CAPÍTULO 25. Moisés	249
De pastor de cabras a líder de los judíos	249
«Pero ¿quién soy yo?»	251
Los magos del faraón	253
La plaga más cruel	256
Ollas de carne... o maná	258
CAPÍTULO 26. David	261
El rey guerrero fascinado por las mujeres	261
La obsesión del rey Saúl	263
Cuando el rey Saúl tuvo una urgencia	265
La pasión de David por las mujeres	268
Una joven virgen	271
CAPÍTULO 27. Judit	273
La polémica heroína hebrea	273
Holofernes en Judea	275
La bella viuda hebrea	278
La espía	280
La mano de una mujer	283
Una historia edificante	284
CAPÍTULO 28. Job	286
El misterio del dolor	286
«Maldice a Dios y muere»	288
Dios no castiga a los inocentes	290
Job: el buscador de respuestas	294
<i>Al final del viaje</i>	296

Introducción

EL LIBRO MÁS VENDIDO DEL MUNDO

La Biblia es el único libro declarado Patrimonio de la Humanidad. Por eso se llama también «el Libro», sin más. Judíos y cristianos consideran la Biblia como un texto sagrado, porque creen que fue revelado por Dios. Pero también los no creyentes leen estos escritos con más de tres mil años de historia con un respeto e interés especiales. Nadie, al hacer una limpieza en su biblioteca particular, arrojaría una Biblia a la basura como si se trataba de un libro cualquiera.

He visto, incluso en casas de agnósticos, la Biblia colocada en un atril, en un lugar privilegiado del salón, como suele hacerse en las iglesias. Existe la conciencia de que la Biblia merece, como libro, un trato especial, como si poseyera algo de lo que otros libros carecen. Quizá por ello, en algunas familias, cuando nace un nuevo hijo, se escribe su nombre en la Biblia, como si el libro sagrado fuera el objeto máspreciado de la herencia doméstica.

La Biblia es, sin duda, el libro más vendido en el mundo y el más traducido. Se ha publicado en 1.850 lenguas y dialectos y se suele encontrar en la mesilla de noche

de los hoteles más importantes del mundo. ¿Es también el libro más leído? No lo sé, pero, sin duda, es el libro más consultado, citado y estudiado, y sobre el que más trabajos científicos y ensayísticos se han publicado. Existe más de un millón de obras sobre este misterioso libro que, al parecer, esconde aún muchos secretos sin descifrar, y del que cada día, en todos los oficios religiosos del mundo, se lee en público una de sus páginas.

La Biblia es, por ello, más que un libro. Es un monumento literario-religioso con una tradición histórica nunca superada por ninguna otra publicación a escala mundial. Es una obra que abarca todos los géneros literarios: poesía, narraciones históricas, cuentos, himnos, proverbios, profecías e incluso plegarias. Posee todos los ingredientes de la mejor literatura: intriga, erotismo, violencia, emoción, denuncia, humor, misterio, ternura y curiosidad. No falta tampoco quien asegure que, en el texto original hebreo, existe un código secreto matemático; este código encriptado puede revelarse con ayuda de un ordenador y, al parecer, los resultados son predicciones de acontecimientos futuros.

La Biblia es, sobre todo, la historia del pueblo judío. Aquel puñado de tribus nómadas no contaba con más méritos ni fuerza que la de sentirse el pueblo elegido por Dios y se convirtió, a lo largo de los siglos, en el emblema y el paradigma de todos los pueblos perseguidos. Su historia es también la trágica y gloriosa aventura de cada familia humana, e incluso puede entenderse como la representación de cada historia personal: al fin, todos estamos condenados a atravesar desiertos y a soportar pruebas cuyo porqué no siempre entendemos.

LA BIBLIA: UNA HISTORIA PERSONAL

Por eso, la Biblia, como dicen los expertos, es la historia de cada uno de nosotros, de cada existencia humana, de cada enfrentamiento de la libertad del hombre con la fuerza del misterio y de la muerte. La Biblia es «la gran novela de la humanidad», con sus derrotas y sus victorias, su deseo de liberación de todas las esclavitudes y la constatación, al mismo tiempo, de que la vida no es más que un puñado de arena que se escapa, con asombrosa rapidez, por las rendijas del tiempo.

Sólo así puede explicarse ese tanto de misterio y de respeto que la Biblia inspira en creyentes y agnósticos. Porque es, a la vez, un libro que cuenta con un gran aparato religioso: narra el pacto secreto entre Dios y la humanidad; al tiempo, aparece como un texto laico, porque pone al desnudo la fragilidad humana, sus dudas e inquietudes, su derecho a la libertad, sus pecados, su fe y su ateísmo. Por ello, hay quien defiende que la Biblia no debería ponerse en manos de los más jóvenes, porque en ella se narran, con tremendo realismo, todas las miserias humanas: traiciones, violencias, celos, envidias, guerras, sacrificios sangrientos, incestos, adulterios, sodomías y otras prácticas sexuales.

Pero en la Biblia también aparecen reflejados los sentimientos más nobles de hombres y mujeres: la fe en la vida, la ternura del amor, la confianza en el Dios que prueba pero no abandona, la compasión por lo más humilde y despreciado, la fustigación del poder, el amor por la naturaleza y el respeto por el misterio y lo invisible. Es también la Biblia un canto a los placeres naturales de la

vida, un himno a la inmortalidad y un látigo contra injusticias y esclavitudes.

He leído miles de estudios sobre la Biblia, pero ningún especialista ha sabido aún descifrar por qué ese puñado de textos de autores desconocidos, escritos en lenguas y épocas tan distantes a la nuestra, han acabado imponiéndose y han conseguido inspirar con tanta fuerza la vida, la cultura, el arte, la ética y hasta la ciencia y la psicología en los últimos tres mil años de historia.

Algunos de los mitos de la Biblia pertenecen ya al acervo de millones de adultos y niños, y mantienen la fuerza de su simbolismo. Basta pensar en las narraciones de la creación que aparecen en el Génesis, en el mito del diluvio y el Arca de Noé, en el milagro de Josué deteniendo el sol, en la escena de Abraham, dispuesto a sacrificar a su propio hijo para obedecer a Dios, o en las aventuras de Jonás en el vientre de la ballena, que acabaron inspirando el libro infantil de *Pinocho*, delicia de todos los niños del mundo.

LO ANTIGUO Y LO MODERNO

Ningún otro libro como la Biblia ha tenido tanto influjo en todos los campos del saber. Ningún otro se ha citado tanto a lo largo de los siglos, dentro y fuera de las iglesias y sinagogas. La Biblia es interesante, incluso, desde el punto de vista literario; y a ello se añade la posibilidad de una lectura existencial, considerándola como libro puramente humano. Y seguimos preguntándonos cómo aquellos personajes de un pueblo sin historia —tribus

nómadas que fueron origen del pueblo judío—, tan lejano culturalmente de los pueblos desarrollados que lo rodeaban —Egipto y Mesopotamia, por ejemplo—, fueron capaces de ejecutar una obra literaria de una calidad y de una profundidad que acabó inspirando a buena parte de las civilizaciones posteriores, convirtiéndose incluso en referencia religioso-cultural indispensable y aún no superada.

¿Cuál es el secreto de la Biblia, compendio de narraciones, mitos e historias antiguas, lejanos de nuestro mundo moderno y tecnológico, y, a la vez, lectura singular que parece escrita «para nosotros», como si el texto fuera capaz de superar el abismo del tiempo? ¿Hay algo, en efecto, más actual que el grito de los profetas bíblicos alertando a los hombres del peligro que corren si se desentienden del mundo de los pobres, si pierden el temor y el respeto al misterio, si siguen esclavizando a otros pueblos e inventando guerras?

Quizá la clave resida en esa mezcla de antigüedad y actualidad que posee la Biblia: tal vez esa capacidad para saber «hablar» al hombre moderno con los símbolos y mitos ancestrales la hace interesante tanto para el artista como para el intelectual o para el más sencillo de los campesinos.

Yo he visto en Río de Janeiro a mujeres de la limpieza y a simples albañiles sentados en un banco de cemento de un minúsculo parque, a la entrada de una *favela*, leyendo con atención el libro del profeta Isaías, mientras esperaban la hora de entrada al trabajo. No me atreví a preguntarles qué encontraban en aquellas páginas del profeta judío, escritas miles de años atrás; pero me bastó observar la seriedad con la que leían y el respeto con el

que pasaban las páginas de letra menuda para entender que en aquella comunicación existía algo importante.

Convencido, como lo he estado toda mi vida, de que la Biblia es un libro capaz de «hablar» a todos, y que quizás aún contenga más secretos de los que imaginamos, acepté el desafío de la editorial Aguilar de escribir un reportaje, casi periodístico, sobre la génesis y evolución de los textos sagrados. Con lenguaje comprensible —ya ensayado en mi libro *Jesús, ese gran desconocido*, publicado por Ediciones Maeva en 1991—, sin pretensiones científicas, pero con rigor cultural, este libro tratará de explicar a los lectores —y a mí mismo también— la apasionante historia, desde sus orígenes hasta la actualidad, de la más grande epopeya literaria y religiosa de todos los tiempos: la Biblia.

PRIMERA PARTE

Historia, mitos y mentiras

La Biblia histórica

UNA NUEVA MIRADA

Durante siglos, a nadie se le ocurrió pensar que algo de lo narrado en la Biblia pudiera *no ser verdad*. Esos escritos, que cuentan la alianza del pueblo de Israel con su Dios, fueron considerados tanto por el judaísmo como por el cristianismo como revelados o inspirados por Dios. Por tanto, tenían que ser *verdad*. Y en caso de conflicto, por ejemplo, entre lo narrado en la Biblia y lo descubierto por la ciencia, era la ciencia la que, necesariamente, estaba en el error.

Sólo con la llegada de la revolución industrial y tecnológica, a principios del siglo XVIII, y con la diferenciación entre lo secular y lo religioso, hubo estudiosos de la Biblia —fuera y dentro de los confines de la Iglesia— que comenzaron a ver dichos escritos con otros ojos, prescindiendo de su carácter sagrado. Se estudió la Biblia como cualquier otra obra histórico-literaria, aplicando criterios del análisis crítico. El monumento histórico de la Biblia, lo que en ella se narraba, su lenguaje, su pensamiento, los personajes de los que está poblada, todo ello fue analizado con la lente de la modernidad.

¿Cuál fue el resultado? Que no podía tratarse de libros históricos según los criterios de la historiografía moderna, por la simple razón de que los más de cuarenta autores que escribieron la Biblia no tenían la intención de hacer un trabajo estrictamente histórico, sino, más bien, trataban de difundir un mensaje espiritual. Este mensaje se encauzó a través del viaje de un pueblo, el judío, que se concebía a sí mismo como el escogido por Dios para una misión especial: en estrecha alianza con él, Yahvéh acabaría salvándolo de la esclavitud a la que había sido sometido por otros pueblos más poderosos, hasta conducirlo a una tierra en la que correrían ríos de leche y miel.

¿La historia de Abraham y el sacrificio de su hijo eran, entonces, sólo mitos? ¿La historia del diluvio y del Arca de Noé había que entenderla también en este sentido mitológico? ¿El famoso éxodo de los judíos de la esclavitud de Egipto era un símbolo o una imagen? ¿Los relatos de la creación del primer hombre y de la primera mujer o la construcción del Templo de Jerusalén, erigido por el rey Salomón, eran sólo leyendas? ¿Y el maná con el que los judíos se alimentaron en el desierto? ¿Y las Tablas de la Ley que Dios entregó a Moisés en el Sinaí? Abiertas las puertas a la crítica, liberada ya la Biblia del peso de la revelación divina que la había circundado hasta entonces, las hipótesis de los expertos fueron diversas y, en ocasiones, disparatadas.

Enseguida hubo —y aún sigue habiendo— quienes empezaron a considerar a la Biblia sólo como una colección de bellos mitos antiguos sin ningún fundamento histórico. Ni Abraham, ni Moisés, ni el rey David ni su hijo Salomón habían existido jamás. Ni Josué detuvo el

sol, ni los famosos profetas Isaías o Jeremías vivieron en Israel, ni personajes legendarios como Noé o Rut o Ester podían entenderse como seres reales y, por supuesto, ni Adán y Eva o Caín y Abel fueron nunca de carne y hueso. Para estos críticos radicales la Biblia es sólo un libro de bonitos cuentos nacidos de la imaginación del folclore popular de las antiguas tribus nómadas semitas.

EL DRAMA DE LA IGLESIA: LA BIBLIA NO ES UN LIBRO HISTÓRICO

Fueron momentos difíciles para la oficialidad de la Iglesia, que veía cómo se derrumbaba una de sus columnas más sólidas: el Libro Sagrado en el que fundaba buena parte de su mensaje y de su doctrina. Menos dramático resultó para la Iglesia más moderna, la que sabía distinguir lo que en la Biblia había de histórico y lo que era un fuerte mensaje de fe religiosa y social transmitido a lo largo de tantos siglos.

Comenzaron así a publicarse miles de estudios sobre la Biblia, sobre las lenguas en las que había sido escrita, sobre la historia de Israel durante el tiempo en que aquellos textos fueron redactados o sobre la intención de sus autores. Se empezó a distinguir —también en los Evangelios y en otros escritos del Nuevo Testamento— entre nuestro concepto de historia moderna y las necesidades de los autores bíblicos; se trazó una línea entre la poca importancia que para aquellos autores tenían los hechos en sí, las fechas, la dimensión de los acontecimientos, y la mucha importancia que concedían, sin embargo,

al acto de transmitir el milagro de la primera alianza de Dios con un pueblo.

Para los autores de la Biblia era decisivo transmitir las primeras Leyes que Dios, a través de sus profetas, había dictado al Hombre y transmitir la historia de aquella tribu de nómadas que, por seguir la llamada de Dios, se vio envuelta, a diferencia de otros grupos cercanos, en una aventura que acabaría haciendo de él un pueblo diferente. Las consecuencias de esta elección divina aún no han acabado, como puede observarse en los recientes acontecimientos en la tierra de los viejos patriarcas bíblicos.

Luchas encarnizadas tuvieron lugar entre especialistas conservadores, defensores de la verdad absoluta de todos los hechos narrados en la Biblia y los que intentaban distinguir lo que en ella podía haber de mito y de realidad histórica. Tarea no fácil, como ocurre también con los escritos que narran la vida y el mensaje de Jesús de Nazaret. Que se trata de algo muy arduo lo demuestra el hecho de que en este último siglo se han empleado ríos de tinta para discutir lo que de verdad y de simbólico hay en las narraciones bíblicas.

En un principio, la Iglesia se cerró en banda para defender que *todo*, hasta los detalles más pequeños descritos en la Biblia, tenía que ser verdad histórica. Incluso el pasaje en el que Moisés separa las aguas del Mar Rojo para que pasen los israelitas, o cuando Josué detiene el curso del sol y la luna tenían que considerarse como hechos reales, por más que pudieran contradecir a la ciencia moderna. Y donde existían contradicciones, como en el Génesis, donde aparecen dos narraciones para explicar

la creación del Hombre —en una Dios crea al hombre y a la mujer; en otra, crea a Adán del barro y a Eva, de una costilla de Adán— o cuando se afirma que Moisés escribió el libro en el que se narra su propia muerte, la Iglesia prefería pensar que se trataba, más bien, de errores de transcripción en los manuscritos, ya que no podía admitirse que si eran textos revelados por Dios, pudieran contener ningún tipo de contradicción o error.

POCAS HUELLAS ARQUEOLÓGICAS

Uno de los problemas que judíos y cristianos hallan en la interpretación de la Biblia como libro histórico es que no se consigue encontrar pruebas arqueológicas que puedan probar los hechos en ella narrados. La mayor parte de lo que se cuenta como histórico en la Biblia no aparece en ninguna otra fuente no religiosa. De ahí que en el siglo XIX se levantase una especie de fiebre arqueológica a la búsqueda de pruebas testimoniales tangibles sobre los hechos narrados en la Biblia.

Se buscaron las ruinas del famoso y suntuoso Templo levantado por el rey Salomón y los restos del Arca de Noé. Se excavó en Egipto, en Mesopotamia, en Palestina y en muchos otros lugares del Oriente Próximo. Hasta entonces, desde el año 550 a.C., la Biblia había sido la única fuente de información sobre la historia de Asia Menor. Sólo en aquellos textos se hablaba de los tiempos perdidos en la bruma de la historia. En la Biblia aparecían nombres de ciudades y personajes de los que ni los griegos ni los romanos tenían noticias.

Uno de los primeros en lanzarse a la aventura de remover las vísceras de la tierra para dar con algunas pruebas concretas de lugares y hechos bíblicos fue el cónsul francés en Mosul, Paul Émile Botta, que inició las excavaciones en Korsabad, en el Tigris, en 1843. Le siguió dos años después un joven diplomático inglés, el explorador Austen Henry Layard, y, poco tiempo después, el inglés Henry Creswicke Rawlinson creyó haber descubierto a once kilómetros de Korsabad la capital asiria de Nínive, la ciudad cuya maldad los profetas denuncian repetidas veces en la Biblia.

Algunas investigaciones condujeron a pensar que se habían descubierto incluso los lugares del diluvio universal. Para la mayoría de los expertos se trataba de resultados menores ante tantos esfuerzos realizados. Un botón de muestra: a primeros del año 2003 apareció en todos los periódicos del mundo una noticia sobre el presunto descubrimiento de un bloque de piedra calcárea con inscripciones en fenicio antiguo que detallaban planos de la reparación del primer Templo, el del rey Salomón. El fragmento, al parecer, pertenecía a la época del rey bíblico Joás, que reinó hace 2.800 años. En efecto, en el libro segundo de los Reyes, en el capítulo 12, versículos 4, 5 y 6, se relata que Joás, rey de Judá, llamó a los sacerdotes y les mandó que juntasen todo el dinero recogido en el Templo para ser usado en su reparación. El fragmento de piedra fue encontrado en las excavaciones en la colina de la ciudad vieja de Jerusalén, conocida por los musulmanes como Haram as Sharif y por los judíos como Monte del Templo.

Los medios de comunicación de todo el mundo subrayaron que si dicho bloque de piedra resultase auténtico,

como afirman algunos especialistas del Instituto de Investigaciones Geológicas de Israel, «se trataría de la primera prueba física en apoyo de un texto bíblico», lo que revela la poca consistencia que la opinión de buena parte de los especialistas en la materia atribuye a las pruebas arqueológicas presentadas hasta ahora en defensa de la historicidad de la Biblia.

Uno de los libros más vendidos en el mundo y también uno de los más traducidos es *Y la Biblia tenía razón*, del alemán Werner Keller, en el que narra con entusiasmo, en más de 400 páginas, toda la aventura arqueológica sobre la Biblia. Publicado por primera vez en 1955, la obra de Keller se lee con enorme placer y es admirable el esfuerzo del autor por dar a conocer todo lo que se ha intentado a través de miles de excavaciones para encontrar alguna huella de los lugares y los personajes bíblicos.

Veinte años después de la primera edición, Keller incluyó en su libro un prefacio en el que su entusiasmo ya había disminuido y reconocía noblemente que «existen hoy historiadores, teólogos, científicos, filósofos y arqueólogos que, tras un examen concienzudo de la tradición bíblica, llegan a opinar que, en último análisis, la cuestión de si los hechos relatados por la Biblia son ciertos o errados tiene poca importancia», ya que para ellos, dice, lo importante de la Biblia es que encierra un «mensaje religioso». Y añade el arqueólogo alemán: «Por mucho que sepamos ya de la Biblia en los días de hoy, aún estamos muy lejos de saber todo de ella. Las preguntas aún no han terminado. Al contrario, cada nuevo descubrimiento suscita nuevas preguntas».

En la obra *La Biblia desenterrada* (Editorial Siglo XXI), sin duda el estudio moderno y mejor documentado sobre los orígenes del antiguo Israel y de los textos bíblicos, sus autores, Israel Finkelstein y Neil Asher, escriben, con motivo del tema del éxodo de Egipto, uno de los más polémicos desde el punto de vista histórico: «La epopeya de la salida de Israel de Egipto no es ni verdad histórica ni ficción literaria [...]. Fijar esta imagen bíblica en una fecha concreta es traicionar el significado más profundo del relato».

LA HISTORIA SE ENTRELAZA CON EL MITO

La Biblia, en realidad, es más que un libro de historia, por muy importante que sea la historia que en ella se narra. Es historia y no sólo mito, porque, de lo contrario, no tendría sentido toda la compleja y simbólica epopeya del pueblo de Israel y de su fe, que constituye una de las religiones más antiguas e importantes del mundo y que acabó dando vida al cristianismo. Si se tratara sólo de un libro de mitos o cuentos, por interesantes que fueran, la Biblia no hubiese tenido tal repercusión en estos últimos tres mil años de historia, ni se hubiesen escrito sobre ella montañas de tratados ni hubiese inspirado tanto y a tantos millones de personas.

Lo más importante, hoy, en el estudio sobre la Biblia no es la discusión sobre su carácter histórico o si se trata de una revelación divina. Lo importante es el significado de estos textos para aquel pueblo semita y este aspecto es, precisamente, el objeto de los últimos estudios

bíblicos: ¿qué entendían ellos por historia y cómo supieron entrelazar en una maravillosa obra literaria lo real y lo simbólico? ¿Cómo supieron unir la historia de un pueblo que sí existió y que luchó durante años junto a su Dios en busca de su identidad, con las utopías y los arquetipos universales del ser humano?

Es evidente que en la Biblia, que fue conservada oralmente antes de ser escrita, que pasó por las manos de mil amanuenses, de miles de traductores y que recoge a veces varias fuentes de un mismo hecho, existe la pretensión de sus autores de transmitir el mensaje de la primera religión monoteísta de la historia sin estar demasiado preocupados con la exactitud de los datos y de los hechos. Es lógico, por tanto, que la Biblia presente errores y contradicciones, exageraciones y mitos mezclados con hechos reales.

Difícilmente sabremos si Abraham existió o no, pero, sin duda, si el personaje fue creado para simbolizar la entrega fiel de un pueblo a su Dios, se trata de una de las creaciones simbólico-literarias más poderosas de la literatura mundial. Con seguridad, no existieron Caín y Abel, pero es igualmente cierto que ninguna otra imagen podría anticipar y simbolizar todo el misterio de la violencia anidada en el corazón del ser humano; es muy difícil dar con un relato semejante a ese primer asesinato, perpetrado contra un hermano por el pecado de la envidia, que está en la raíz del mal de la humanidad. Sin duda, el primer hombre, Adán, no fue creado por Dios de un amasijo de barro, pero pocas escenas podrían inventarse más plásticas y simbólicas para transmitirnos la dependencia del ser humano de la tierra, de lo concreto, de la historia y no del mito.

Si algo de original y de importante existe en la historia del pueblo judío y de su religión —que fue la de Jesús de Nazaret— es que se trató de algo fuertemente enraizado con la vida, con la responsabilidad del hombre con la tierra, con el destino de los perseguidos, con la libertad y con la esperanza en el futuro. Todo eso, con relatos históricos o no, está en el corazón de la Biblia como el mensaje ético, religioso y social más fuerte de la historia. El resto está en manos de los expertos en historia y arqueología.